

DE YUCATÁN AL DARIÉN

GESTIÓN LOCAL DEL RIESGO EN EL ISTMO CENTROAMERICANO

En la hora de la integración forzada de la región centroamericana, que se impulsa además a pasos redoblados, la idea de lo regional y lo global llenan casi por completo la mente de los expertos en desarrollo, gentes o instituciones, y plantean la urgencia y la inminencia de un istmo integrado por la magia de las empresas multinacionales, los mercados y la necesidad de la competitividad junto con su integración ‘inteligente’ con el resto del mundo. Los grandes proyectos supranacionales articulan los territorios mediante redes eléctricas, aduanales, logísticas o comerciales; sin que quede demasiado tiempo, energía o interés en repensar la escala humana del desarrollo o su contrario, la escala humana de la miseria, que es más bien el complemento de la forma de ‘desarrollo’ que se ha impulsado en el istmo por los últimos quinientos años.

Hacia el final del siglo veinte, la región ha estado sometida a una intensa transformación económica y social, como parte del proceso de globalización, construyendo una nueva infraestructura que permita la integración territorial de los mercados y nuevos corredores logísticos y de (libre) comercio, aparte de los megaproyectos turísticos de miles de hectáreas costeras y su contrapartida: la quiebra de la agricultura tradicional de pequeña escala. Todo ello implica nuevas formas de dependencia y vulnerabilidad, ya no para una ciudad o un poblado en particular, sino para la región como un todo, dada la intrincada y frágil red que se va tejiendo. Como sustrato y agravante, es ésta una región intensamente afectada por una variedad de amenazas y asolada a lo largo de los siglos por múltiples desastres, incluyendo aquellos en que se han destruido varias veces las ciudades capitales de la mayoría de los países¹, así como los que han impactado profundamente en la producción, la estructura económica y el desarrollo social de enormes extensiones rurales, obstruyendo la estructura regional y la red de transportes del istmo entero.

Los grandes proyectos y los llamados a una Centro América unida han sido superados en los últimos años por una nueva dimensión territorial que poco se entiende: *de Puebla a Panamá*. Los propulsores de la globalización a ultranza descubren con ello una nueva versión de la integración de los años sesentas, que tiene las mismas imágenes de esplendor que se anunciaban hace cuarenta años por la tele, pero ahora las presentan en colores.

El Plan Puebla Panamá (PPP) ha surgido del sombrero de mago de ejecutivos y malabaristas del desarrollo globalizado como el genio que surge de la botella y permitirá el cumplimiento de tres deseos: que haya desarrollo, que sea humano y que sea sostenible; pero claro, como con todos los magos en algún lugar estará el truco oculto a los ojos curiosos de los pobladores.

Frente a ello, la generalizada pobreza y la evidente indigencia, no solo ya de los indígenas que la han sufrido estoicamente por siglos, estremece a la población y asombra ya incluso a los sectores medios urbanos que se impresionan con las imágenes también televisivas de miles de centroamericanos padeciendo hambrunas verdaderas, como las que nos imaginábamos en la

¹ Antigua Guatemala, León Viejo y Cartago en la colonia; Managua dos veces –1931 y 1972–; San Salvador en 1986 y Tegucigalpa en 1998.

distante sequedad africana años atrás, como cosa que sufren otros, no nosotros en el esplendor del trópico ístmico, con millones de mariposas, tortugas, ranitas, agua y selvas.

Durante los últimos diez años, en la región se ha sufrido intensamente por la ocurrencia de enormes impactos simultáneos en varios países y se han impulsado grandes programas de reconstrucción y transformación, con nuevas experiencias de cooperación internacional entre países y entre organismos multilaterales y regionales con los países afectados en cada ocasión; las que sin embargo no han sido siempre exitosas o dignas de alabanza, y muy por el contrario han servido en ocasiones para que se den enormes desvíos de fondos hacia las arcas desbordadas de los (eficientes) funcionarios que se encargan de que la cooperación internacional no llegue nunca a 'lo local', es decir a las poblaciones y comunidades que son las víctimas inmediatas. Es precisamente cuando ocurren los desastres cuando aparece en toda su magnitud la escala de lo local, que ahora está siendo transformada en su significación territorial en razón de los efectos sucesivos y extendidos que impactos locales, en sitios otrora insignificantes, puedan tener sobre amplísimas redes regionales.

La gestión del desarrollo regional pasa necesariamente por la concreción de sus propuestas en una escala que no puede ir más allá de lo local; una escala en donde sobre un territorio delimitado se articula con claridad una forma específica de producción y una población concentrada en una serie de actividades intensamente entrelazadas. Como punto de partida, el territorio está geográficamente establecido en razón de una cuenca, un valle inter montano o una llanura costera aluvial; pero adquiere una organización social en relación con las formas particulares que asumen sus estructuras productivas rurales o sus actividades concentradas en una zona industrial o un puerto marítimo, lo que implica a la vez la conformación de una red de poblados y ciudades intermedias de diversa jerarquía. En Centro América lo local, dado el minúsculo tamaño de nuestros países, nuestras poblaciones y nuestros mercados, no va más allá de algunos pocos miles de kilómetros cuadrados, y unos pocos cientos de miles de pobladores o menos aún, en particular en las zonas boscosas o selváticas casi despobladas que aún quedan en Yucatán y en Darién. Lo local debe ser entendido en su escala adecuada no solo para trazar las políticas, estrategias, planes, programas y proyectos de desarrollo, sino también para plantearse procesos complejos como la descentralización, desconcentración y su vínculo indisoluble con la gobernabilidad; que sería ahora no solo de cada país, sino también de la región; pero en cada caso con unas unidades locales como bases o células primigenias.

Una zona de tal escala presenta normalmente características típicas en todo el istmo, como grandes ríos de montaña que bajan hacia las llanuras del Pacífico y el Atlántico, cordilleras de mediana altura que cruzan la región paralelas a las costas, llanuras aluviales costeras planas e inestables, propensas a la ocurrencia de inundaciones –son verdaderos cauces de ríos amplísimos que terminan en forma de bahías, estuarios o deltas sinuosos y cambiantes-. Además la condición de istmo y la cercanía relativa entre los grandes océanos implica la influencia de ambos en cada costa y la mezcla de condiciones atmosféricas formando múltiples microclimas, los que en condiciones de trópico húmedo permiten el desarrollo de frondosas selvas y riquísima biodiversidad en áreas relativamente diminutas.

Luego de 500 años de colonia, estas zonas presentan gran variedad cultural y étnica, pero también condiciones de precariedad social y económica, con grupos sometidos a largos procesos de exclusión o directa explotación y muy escasa intervención hacia el desarrollo de las condiciones

básicas de reproducción social de la población o las infraestructuras institucionales y sociales elementales. Así, ha habido períodos de colonización y otras de migración dada la imposibilidad de encontrar actividades remunerativas para la población local; pero a la vez ha habido un recambio étnico y cultural a lo largo del último siglo y en particular durante las últimas décadas de impacto directo en toda la región centroamericana de los cambios planetarios en la economía y la geopolítica; en la que el istmo ha jugado siempre un rol esencial.

Esta percepción de ‘lo local’ se puede palpar con más claridad si se recorren mentalmente los parajes del istmo. Así, al caminar por las faldas de los volcanes al norte de Retalhuleu, en Guatemala, a lo lejos y por encima del profundo verdor de las inmensas plantaciones cafetaleras, se observa el majestuoso Santa María de casi cuatro mil metros, el que en 1902 provocó un cataclismo al explotar² y que desde entonces, junto a uno de sus nuevos cráteres, el Santiaguito, lanzan con frecuencia enormes nubes de ceniza, coladas de lava e inmensas rocas y las acumula en sus faldas. Las hirvientes coladas de lava líquida se pueden observar nítidamente en los cortes verticales de más de veinte metros del nuevo cauce que el río Nima abrió en su enorme crecida durante el huracán Mitch, y que ahora atraviesa longitudinalmente el destruido pueblo del ‘antiguo’ Palmar, revelando cómo los cimientos de la Iglesia del pueblo se asentaron, más de tres metros bajo la superficie, sobre una colada de lava de casi un metro de espesor que cubrió la zona en 1902. Como en otros tantos ‘lo local’ de todo Centro América, esas faldas volcánicas que han recibido cenizas por siglos conforman una rica y extensa zona cafetalera al norte de San Sebastián, densamente poblada por trabajadores de las haciendas, recolectores de café y cortadores de leña. Las antiquísimas casitas de las fincas, derruidas y tambaleantes, contrastan con las casa-hacienda de la administración. La belleza natural del paisaje y hasta el portento de la misma fuerza destructora de los ríos, subrayan la miseria que se expresa en las ropas raídas y los rostros enjutos y recios de las casi ancianas indígenas cargadoras de leña, que indican con nitidez el inmenso esfuerzo personal que les cuesta cada centavo utilizado en su supervivencia.

En la Atlántida, el costero departamento del norte de Honduras, el Río Cuero baja raudo desde las cumbres empinadas, y arrastra a su paso los ranchos campesinos construidos prácticamente encima de su rivera casi vertical. Las lluvias torrenciales en el Caribe corren montaña abajo con poco que las detenga, pues luego de décadas de extracción sin límite han quedado pocos árboles. Los riachuelos se convierten en minutos en cataratas y torrentes dejando centenares de familias campesinas y decenas de comunidades aisladas (como San Marcos, Las Flores, El Manchón), mientras río abajo, en la planicie costera, el municipio de La Masica sufre en forma consuetudinaria las inundaciones amplias y apacibles; y en dos ocasiones en treinta años, la súbita y tortuosa crecida de las aguas traídas por los huracanes Fifi –1974- y Mitch –1998-. Las extensas planicies agrícolas son cortadas por caminos lastrados que corren casi paralelos a los ríos y llegan hasta las costas caribeñas-norteñas. Estos se entrecruzan con desaguaderos de las fincas ganaderas que se amplían cientos de metros con las lluvias estacionales, conformando inmensas lagunas con poblados-isletas dispersos en la inmensidad de la planicie (como Pozo Zarco o Los Indios). En todos esos lugares de la zona norte de Honduras se construyeron colonias y se construyeron residencias sin previsión alguna ni en el diseño de las colonias ni en el diseño de las viviendas; que al igual que en la costa atlántica de Costa Rica, son de concreto y sobre el nivel del suelo, quizás al mismo nivel del río que corre a decenas de metros.

² Lanzó material magmático a 8.6 kilómetros de distancia. Quetzaltenango quedó cubierto con medio metro de ceniza y la columna de humo alcanzó una altura de 30 kilómetros

El Volcán Casitas, en Posoltega, noroeste de Nicaragua no explotó como el Santa María o como tantos otros en el istmo; pero las intensas lluvias y la destrucción de su capa vegetal propiciaron el desprendimiento de su pared oeste llevándose a su paso o enterrando para siempre cinco comunidades rurales completas; dejando miles de muertos y desaparecidos. Los sobrevivientes ahora desplazados tuvieron que convertirse en residentes ‘urbanos’, hacinados en casitas-cajón de concreto localizados en las afueras de los municipios de Telica y Posoltega, sobre las estériles, hirvientes y contaminadas llanuras, antiguas fincas algodoneras, que fueron saturadas de insecticidas químicos por décadas; lo mismo que decenas de miles de hectáreas de la margen izquierda del Río Lempa, en El Salvador, en la zona al sur del Bosque de Nancuchiname; donde hoy se tienen que asentar los miles de pobladores ex guerrilleros y ex soldados, que recibieron esas tierras para que renacieran como campesinos y como parte de los acuerdos de paz.

El río más grande de Centro América, el Lempa, nace en Guatemala y pasa por Honduras, para luego recorrer casi toda la pequeña geografía salvadoreña e irrigar la extensa llanura aluvial y la zona costera del sur oeste de El Salvador³. Los pueblos costeros y de sus vertientes se enriquecen con sus crecidas, como aquellos de las demás planicies costeras del pacífico en todo el istmo; que se extienden desde las zonas agrícolas del sur occidente de Guatemala, con su intrincada red de ríos, a las riveras del Golfo de San Miguel, en Darién, Panamá. En el bajo Lempa, las tierras fueron también destruidas por la infame explotación algodonera, antes de que la impericia en el manejo de las represas causara estragos durante las lluvias traídas por Mitch; pero al menos ahí, la respuesta popular y de las diversas y experimentadas organizaciones comunitarias han logrado coordinar esfuerzos con los gobiernos locales, el nacional y los organismos cooperantes internacionales, para definir, aunque en forma incipiente todavía, su propia estrategia local de desarrollo para impulsar los procesos de reconstrucción, poner en práctica su plan de gestión local de riesgos y tomar en sus manos su propia historia.

En Costa Rica, la agricultura parece en extinción, lo que conlleva una serie de secuelas (migración forzada, ubicación en barrios auto construidos, hacinamiento, trabajo precario) que terminan siempre en desastres; pero esto no es nuevo: las multinacionales bananeras abandonaron la atlántica costa limonense luego de la Gran Huelga Bananera del 34 y se trasladaron al pacífico sur, el que abandonaron progresivamente desde los años 80s, por razones similares. El resultado ha sido en ambos lados, como en Macondo, desolación, incapacidad de respuesta y debilidad para enfrentar, resistir y reponerse de los daños y pérdidas vinculadas con las normales estaciones de lluvias, los terremotos o los vendavales; es decir, desastre.

En el extremo sur del istmo, la provincia de Darién, Panamá aparece casi despoblada con sus más de 40 mil kilómetros y sus menos de 50 mil habitantes, pero a la vez aparece como el tesoro de inmensas riquezas naturales solo protegidas por su inaccesibilidad. No obstante, muchas como las maderas ya fueron dilapidadas en miles de hectáreas y así seguirá sucediendo en la medida que las carreteras perforan la selva otrora impenetrable. Más allá de la cuenca del Tuira y su majestuosa desembocadura en el Golfo de San Miguel, en la costa del Pacífico, las áreas selváticas son por ley ‘zonas protegidas’; pero la población indígena que las ha cuidado por siglos, sufre también desde siglos la más profunda miseria, aislamiento e insatisfacción de las

³ La cuenca del Río Lempa tiene una superficie de 18,311 kilómetros cuadrados, un 56 % en territorio de El Salvador, un 14 % en tierras de Guatemala y un 30 % de Honduras.

necesidades más elementales. Los viejos pueblos costeros, como La Palma, la capital provincial, semejan fantasmas flotando o colgando de las abruptas colinas, cuando se miran a lo lejos, desde una panga rumbo al puerto de Quimba; y es que son ciertamente en muy buena medida pueblos fantasmas y derruidos, que quizás, algún día, vivieron tiempos mejores. Con la inmensa exuberancia natural, los pocos miles de pobladores sufren un año si y otro también de las crecidas, deslizamientos e inundaciones, los que difícilmente podrán resistirse sin un repunte del proceso de crecimiento económico de la zona como un todo y en particular del ansiado desarrollo social, que integre la población a las corrientes internacionales; pero no por la presencia guerrillera en el área fronteriza colombiana y el ‘Plan Colombia’(dicho sea de paso), sino por el impacto de las inversiones sociales y sostenibles, necesarias para que la frontera sur del istmo sea verdaderamente parte de la región.

En el extremo norte, en la Península de Yucatán, muy recientemente el Huracán Isidoro mostró como los estados mejicanos de Quintana Roo, Campeche y el propio Yucatán son consustancialmente centroamericanos, tanto como Belice o Guatemala, sus vecinos sureños, lo mismo que Chiapas, su otro vecino mejicano que mostró con el surgimiento guerrillero, años atrás, esas bases estructurales y esas reacciones sociales tan centroamericanas. Esto es así en particular en lo que se refiere a las tendencias del ‘desarrollo’ y su sentido depredador, caracterizado por ser el constructor de formidables riesgos y miseria centenaria. Isidoro ha demostrado, en toda su crudeza, la inmensa e injusta desigualdad social y la insultante pobreza en que vive la mayoría de los habitantes de esos poblados yucatecos. Ahí en Yucatán, en muchos pueblos se hizo realidad la descripción del huracán que arrasó Carrizales, pueblo literario de la novela de Aguilar Camín⁴ (localizada precisamente en esa zona de México), donde la indagatoria sobre los impactos tuvo su respuesta lapidaria:

-- *¿Cómo quedó el pueblo? – preguntó al final Salvador.*

Entre ruidos de abejas y estáticas del aparato, la voz informante se quebró al decirle:

-- No quedó.

En cada una de las zonas locales nombradas no faltan los sismos, los incendios forestales y las sequías que se vinculan en la última década al fenómeno de El Niño; pero que como tantos otros eventos son en primer lugar un hecho colectivo de los grupos sociales que impulsan desde siglos atrás una intervención humana destructiva y temeraria, que priva de los goces de la naturaleza a las próximas generaciones, y lo seguirá haciendo si no se le reorienta a la brevedad.

No por casualidad, es precisamente en los sureños estados de México en que se ha localizado el punto de partida del ya conocido ‘Plan Puebla Panamá’, el plan que impulsa una forma particular de integración del istmo en el proceso de globalización, en el que se privilegian la construcción de corredores de comercio, financieros y logísticos, lo mismo que la integración energética y la apertura a ultranza; como si el istmo entero no hubiera ya sufrido el impacto de ser una zona de paso, un punto de tránsito y un canal interoceánico, real o en potencia por centurias, los que han estado resguardados por la omnipresencia militar que permitiera apropiarse de las zonas críticas

⁴ Héctor Aguilar Camín (1999) ‘El resplandor de la madera’ (novela) ALFAGUARA, México. Página 255

en Nicaragua, Panamá y las otras geografías que facilitan el transporte rápido del Atlántico al Pacífico y aseguran la circulación planetaria de las mercancías y el comercio (libre).

El istmo centroamericano constituye un puente entre culturas y entre grandes masas continentales desde tiempos inmemoriales. De Yucatán al Darién, el istmo es a la vez la única área geográfica donde los fenómenos de la plataforma continental y los de los dos grandes océanos impactan tanto el atlántico como el pacífico en forma simultánea; o paradójicamente, donde fenómenos hidro meteorológicos del Caribe impactan fundamentalmente la costa del Pacífico.

De Yucatán al Darién en cada una de esas áreas donde se concreta en tres dimensiones ‘lo local’ es donde habrá que desarrollar estrategias particulares de gestión local del riesgo, que partan de la evaluación de las nuevas condiciones creadas con los nuevos territorios que se impulsan – económicos, políticos, sociales, culturales, étnicos, militares- y se imponen como parte del Plan Puebla Panamá. En cada caso habrá que descifrar su rol en el proceso, pero también su capacidad de resistir los impactos de eventos destructivos, lo mismo que los efectos sucesivos del surgimiento de inmensas inversiones de altísima concentración territorial; lo que crea nodos logísticos estratégicos a lo largo de corredores y flujos de tránsito de mercancías, capitales y población –que llega a trabajar o huye desplazada de zonas devastadas-.

La gestión local del riesgo implica una valoración de las inmensas inversiones públicas y de la cooperación internacional, para rastrear su intencionalidad y su valor relativo para la población local, de manera que la estrategia que la colectividad defina, pueda contrarrestar los procesos depredadores y determine un conjunto de acciones puntuales entrelazadas en esas zonas que constituyen lo local, pero que se articulen a escala de nación y prevean los cambios necesarios y los ajustes requeridos también a escala de todo el istmo.

Frente al Plan Puebla Panamá y los riesgos que ya está creando, sin que todavía sean tan evidentes, los pobladores locales deben tomar en sus manos la responsabilidad de reconstruir lo local como una unidad de planificación estratégica para evitar los futuros desastres y construir una nueva región que vaya al menos desde Yucatán al Darién, y ojalá más al norte y más al sur.

Manuel Argüello-Rodríguez, Ph.D.
Catedrático de la UNA (Costa Rica)
Octubre del 2002